

El cuerpo místico del Salvador, nadie lo ignora, es su Iglesia, y nosotros, al recibir las aguas de regeneración, nos hacemos miembros de ese cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo (1). ¿Cabe imaginar dicha mayor para nosotros? Por el Bautismo el hombre todo entero, en cuerpo y alma, entra á formar sociedad con el Verbo encarnado, y se une con El al modo que con la cabeza está unido el cuerpo. *El cuerpo del bautizado se hace carne del Crucificado*—dijo el Papa San León (2);—y San Agustín, comentando á San Juan, exclama: «¡Maravillaos y regocijaos!» Somos hechos Cristo, pues si El es Cabeza, nosotros somos miembros; El y nosotros formamos un solo hombre (3).

¡Oh! Es cosa que espanta y no cabe en humano entendimiento. ¡Jesucristo y el hombre hechos como una sola cosa! ¡Jesucristo en el hombre y el hombre en Jesucristo! *Mi Padre está en mí y yo estoy en vosotros*—dijo el Señor—(Joann., XVII, 23), y esto cabalmente es lo que se realiza en el santo Bautismo. Esto es lo que se propuso Jesús en el primer Sacramento; esto es lo que desea ver realizado; esto es lo que anhela su corazón amoroso, y esto es lo que muchos hombres no entienden ni quieren entender. ¡Oh buen Jesús! ¡Cuánto nos amas y cuán mal te correspondemos!

Por el Bautismo somos admitidos como miembros de Cristo y de su Iglesia; esto es, de la sociedad más santa, más numerosa y más bienhechora.

Por el Bautismo somos custodiados, protegidos, instruidos y alimentados por la sociedad más poderosa, más devota, más inteligente.

Por el Bautismo somos participantes de todos los bienes espirituales que ella posee, y recibimos una parte proporcionada á nuestras necesidades de todos sus Sacramentos, á la manera que en el cuerpo humano cada miembro recibe la parte que le es necesaria de la sangre que fluye del corazón.

**17.** Por el Bautismo somos también hechos hijos de la Santí-

cuerpo, y dependientes los unos de los otros, y por lo tanto, debemos mutuamente ayudarnos y prestarnos buenos oficios.

(1) Ipse est caput corporis Ecclesiae. (Colos., I, 18.)

(2) Susceptus a Christo Christumque suscipiens non idem est post lavaerum qui ante baptismum fuit, sed corpus regenerati fit caro crucifixi.—Serm. XVI, de Passione.

(3) Admiramini, gaudete! Christus facti sumus: si enim caput ille, nos membra; totus homo ille et nos.—In Joann., tract. XXI. Per Baptismum animae nostrae uniuntur Christo, Ecclesiae sponso, unumque fimus cum illo, ut ex ipso et per ipsum opera sancta, et Deo digna pariamus... Erubescit, o anima, in bono sterilis, et in malo fecunda, etc. (Véase Piconio, in Epist. Rom. VII, 6.)

sima Virgen María; pues esto es una consecuencia necesaria de nuestra hermandad con Jesucristo, una consecuencia de la vida que Jesús nos transmite; porque El nos comunica la misma vida que ha tomado en el seno purísimo de la Virgen. Nuestra vida y la vida de Jesús proceden de la misma fuente, y de esta nueva filiación espiritual se origina, por parte de la Reina de los cielos, un amor tierno y una protección constante hacia nosotros, al modo que la tiene con su hijo Jesús; y por parte nuestra, una confianza sin límites en la Señora, fundada en su bondad y en su poder, y también un recurso perpetuo de protección, cual exigen nuestras penas, nuestras tentaciones y nuestras caídas. ¡Cuán desdichadas son las almas que no han recibido el santo Bautismo!

¡Ah, Señor!—decía San Gregorio Nazianceno:—yo soy todo transformado en Dios por el agua bautismal; soy un hombre deificado; no soy yo, soy otro hombre. Vedme aquí, Dios mío, una criatura nueva en Jesucristo. Él me ha hecho de viejo, nuevo, y de humano, divino (1).

**18.** SOCIEDAD CON EL ESPÍRITU SANTO.—Por último, consideremos otro efecto maravilloso del Bautismo, y es que por él entramos en sociedad con el Espíritu Santo y nos hacemos templos suyos. *¿No sabéis*—dijo San Pablo—*que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?* (I Cor., III, 16.) Lo cual fué como decir: «¿No sabéis que todos vuestros sentidos, vuestras lenguas, manos y pies se hallan consagrados al Espíritu Santo mediante el santo Bautismo? ¿No sabéis que en la recepción de ese Sacramento penetró invisiblemente en vosotros el divino Consolador, estableciendo su morada en vuestro propio corazón? ¿No sabéis que ese augusto Huésped permanece en vosotros como en su templo, y que allí obra maravillas en obsequio vuestro, para que más fácilmente podáis uniros á Dios vuestro Padre? ¿No sabéis que allí os une íntimamente á sí, ya por la gracia, ya por la fe, esperanza y caridad, ya por los demás dones y carismas suyos?

¡Ah! Tal es la ignorancia de algunos cristianos sobre este punto que apenas saben que el Espíritu Santo existe, y mucho menos saben que en la fuente bautismal quedamos hechos *hijos del Padre, miembros del Hijo y templos vivos del Espíritu Santo*.

**19.** Abran, pues, todos los cristianos los ojos de la fe, y consideren que lo obrado en el Jordán cuando Jesús se hizo bautizar por el Precursor, eso mismo, en proporción, se repite con el Bautismo

(1) Ex vetere novum, ex humano divinum me fecit.

de todos los hombres. El cielo, digámoslo así, se abre sobre la cabeza del bautizado; el Espíritu Santo desciende á su corazón, le consagra como á su templo y morada permanente; y el Padre celestial, viendo en el alma del neófito la imagen de su Unigénito Hijo, hace en algún modo oír su voz desde el cielo, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.*

Finalmente, y por no hacernos interminables, concluiremos diciendo que el bautizado recibe además *gracia sacramental*, ó sea un derecho á recibir de Dios gracias actuales para cumplir debidamente todas las obligaciones del cristiano, y repetiremos con San Ambrosio, que por las aguas regeneradoras del Bautismo hace él alma un tránsito de lo terreno á lo celestial, de la muerte á la vida, de la culpa á la gracia, de la condenación á la salvación. Y todo esto—como dijo el Apóstol—*no por obras de justicia que hayamos hecho nosotros*, es decir, no por nuestros méritos, *sino por la infinita misericordia de Jesucristo, que nos hizo salvos por el Bautismo de regeneración.* (Tit., III, 5.)

## CAPITULO VI

### Continuación de los efectos del Bautismo.

1. El Bautismo basta para hacernos felices.—2. Por qué nos quedaron reliquias del pecado de origen.

GRANDIOSOS y magníficos como son los *efectos divinos* del Bautismo, enumerados en el capítulo anterior, todavía no expresan por completo los provechos que en la fuente sagrada recibimos, pues ellos trascienden por modo maravilloso, no sólo al *orden moral* de los individuos y de las familias, sino al *buen régimen* de las sociedades y los pueblos.

El Bautismo—dijo en su tiempo el grande Augustino—es «una indulgencia plenaria en que se saldan todas nuestras cuentas y reatos originales y personales (1)»; es decir, un acto donde se nos perdonan todos los pecados y todas las penas. Santo Tomás añade que ese Sacramento *posee virtud suficiente para librarnos de todas las penalidades de la presente vida*, en lo cual declara la grandeza intrínseca de ese acto sacramental y la grande estima en que deben tenerle los hombres, pues con él basta para hacernos enteramente felices en tiempo y eternidad.

2. Sin embargo, no somos felices por completo todos los bautizados, y nos quedan las concupiscencias, las ignorancias, las enfermedades y la muerte, por una grande misericordia de Jesucristo para con nosotros, pues conviene que el hombre regenerado por Cristo se asemeje en los padecimientos á Él, principio de su nueva vida; conviene que luche y padezca en este mundo, porque así como Cristo inocente se sirvió del dolor como de instrumento para su gloria, así también nosotros; conviene que los miembros incorporados con su cabeza, Cristo, reporten la victoria en la lucha espiritual;

(1) «Magnam indulgentiam in qua solvitur omnis reatus, et ingeneratos, et additus.» (S. August., in *Enchiridion*, cap. LXIV.) Véase S. Thom., *Summ. Theol.*, p. III, q. 69, a 2, corp.)